

2.- Las ciencias cognitivas como bioética legalista

Javier Atencia Escalante
Universidad de Málaga

Se ha determinado que el siglo XVII representa el nacimiento de una época y el declinar de otra. Guiados por Charles Taylor no es difícil aceptar que en la modernidad nace una nueva teoría del conocimiento, una nueva concepción antropológica y unos nuevos ideales morales que se sostienen y realimentan mutuamente. Pero quizá lo más interesante de la interpretación de Taylor es su análisis de cómo los nuevos ideales morales de libertad, autonomía, responsabilidad y control de sí propician, impulsándolas, las nuevas concepciones epistemológicas, cosmológicas y antropológicas. Para él, existe una correlación entre el ideal moral de autonomía y responsabilidad, el representacionismo en teoría del conocimiento y la comprensión del yo en términos de un yo puntual, atómico y acósmico. Con lo que establece unas claves interpretativas, una hermenéutica, que permiten comprender mejor la modernidad. Pues no se trata tanto de derivar una nueva moral de los cambios en los planteamientos epistemológicos y antropológicos cuanto de ver los segundos en el contexto definido por la primera.

1. Taylor y el naturalismo.

La interpretación moderna del conocimiento cambió radicalmente la concepción clásica. Ahora, se considera que el conocimiento es la correcta representación mental e interna de una realidad externa e independiente. Correlativamente, desde Descartes el yo se define de modo paradigmático por la capacidad de representar dentro de la autoconciencia o de la mente objetos externos, con lo que, como sujeto que se representa interiormente un mundo, el yo resulta extramundano, pues se opone al mundo como el sujeto al objeto. La realidad externa, privada de interioridad alguna, pues ésta pasa a ser monopolio y el rasgo distintivo de la autoconciencia, se reduce a una exterioridad, a una extensión analizable exhaustivamente en términos mecánicos. Explícitamente desde Locke, el nuevo sentido interno, la introspección, da cuenta del acceso a los contenidos de la propia autoconciencia mientras que la realidad circundante sólo puede ser conocida mediante la observación externa. De manera que se cimenta un muro entre el mundo de dentro y el de afuera cuya conexión se establece sólo y exclusivamente en términos de causalidad. La realidad externa es sólo el conjunto de estímulos que causan unas percepciones, unos contenidos de la autoconciencia que, en sí mismas, son fenómenos o experiencias mentales.

Se acababa así con la concepción tradicional que entendía que el *nous* (la mente) se hacía una con el objeto del pensamiento o, dicho de otro modo, que *nous* y objeto quedaban informados por el mismo *eidos*. El *nous* no representaba un objeto; captaba la forma del objeto, de manera que el objeto existía en el cognoscente intencionalmente. Con lo

que no se sostenía tanto que conocer es representar una forma cuanto que la misma forma que subsiste materialmente en el objeto o en las cosas físicas existe intencionalmente en el cognoscente.

Por rápido que sea este bosquejo de la teoría del conocimiento moderna, permite vislumbrar la antropología que se le corresponde. El yo se entiende individualmente, absolutamente desvinculado mediante su capacidad lógica y racional del cuerpo y de los mundos social y natural. El conocimiento sensible que tenemos del mundo ha de ser pasado por el tamiz de la razón, pues es la razón la que permite comprobar si nuestras sensaciones y percepciones son correctas o no. Es la razón la que proporciona un conocimiento objetivo del mundo y la que permite acceder a un mundo que se entiende objetivado. La radical separación entre mente y mundo sólo se salva mediante el mecanismo del cuerpo, que aparece como el ingenio que liga el mundo interior de la mente a la realidad externa al proporcionar información sobre ella. Mediante la estructura de los sentidos, algunos rasgos del mundo causan percepciones en nuestra mente, percepciones que—como experiencias mentales—son manejables racionalmente. El cuerpo traduce mediante su mecanismo datos en bruto del mundo de fuera que se convierten en impulsos eléctricos que a su vez son racionalizados por la propia mente. Entendido así, el cuerpo es el mecanismo que permite a la mente tener información del mundo, que—al ser cribada racionalmente—determina nuestro conocimiento correcto de él.

Los sentidos no siempre están presentes en los modos de ser que la modernidad define como humanos. El ser humano se maneja para la modernidad en el mundo precisamente por su capacidad de abstraerse, desvincularse y separarse de—y en el fondo controlar—las sensaciones, percepciones y emociones que el cuerpo propio causa en la mente racional.

Esta concepción de individuación o desvinculación del yo de los mundos social y natural y de la propia corporalidad ha de considerarse como una nueva antropología, un nuevo saber acerca de lo humano que se corresponde con una nueva concepción moral acerca cómo conducir la propia vida; proporcionando un estricto sentido del deber. Una moral entendida en términos de decálogo. Lo que permite conducir la propia vida es alcanzar un significado objetivo de las cosas, algo que sólo es posible hacer desde la propia razón en cuanto que desvinculada del cuerpo y la sensibilidad. Lo que funda la comprensión verdadera de sí mismo y del mundo en la modernidad es una razón absoluta, libre de ataduras sensibles y cósmicas. Una libertad que es sólo accesible mediante un férreo control de sí. La capacidad que define la excelencia de los seres humanos es su aptitud controladora propiciada por la desvinculación. En Bacon y Descartes, el fin del conocimiento es el poder y el control sobre la naturaleza y nosotros mismos para alcanzar la felicidad o, al menos, para librarnos de los males que nos afligen; pero ocurre que para ejercer un control racional de la naturaleza y de nosotros mismos primero hay que establecer un control de la sensibilidad y de las pasiones para que no afecten a la imparcialidad y neutralidad de la razón. Por eso establece toda una ascesis que separe la razón de los sentidos y sentimientos, tanto en las *Meditaciones metafísicas* como en *El Discurso del Método*.

La teoría del conocimiento moderna se mantiene sobre la separación radical entre sujeto y objeto. Pero esta separación se hace radical al precisar la nueva noción de control sí, sin este la información proveniente del mundo de fuera es una información que no nos permite alcanzar el objetivo y la objetividad de lo humano. Por tanto, la teoría del

conocimiento convive y da fuerza a una concreta concepción moral: debemos ser responsables y voluntariosos para alcanzar un conocimiento racional que no es accesible de forma inmediata a través de los sentidos, percepciones y emociones. La información que llega formar parte de nuestra mente a de pasar por el tamiz de la razón, que es la que en definitiva controla nuestra vida y nos proporciona libertad.

La situación espacial, es decir, el marco de referencia mundano en el que cada cual se encuentra, es sólo algo a superar mediante una ascesis de la razón. Lo importante, lo que se considera bueno y valioso, es adquirir un alto grado de capacidad racional con la que poder discriminar el significado que de las cosas el cuerpo presenta. Si la razón se controla bien a sí misma, si procede según el método adecuado, alcanza un punto de vista absoluto, es neutral, no depende de las enseñanzas que uno halla adquirido ni de la naturaleza en la que uno se encuentra. La racionalidad, por tanto, es una propiedad que define de una manera esencial la auténtica naturaleza o esencia del ser humano. Pero, así visto, con las gafas que Taylor proporciona, es tan importante para la teoría moderna del conocimiento el implícito trasfondo moral basado en el control de sí, un control que definía toda una conducta cultural del siglo XVII, como la comprensión científica y causalista del dualismo mente-cuerpo.

Afirmar como lo específicamente humano la existencia de un yo sujeto de la razón, absolutamente desvinculado de la sensibilidad y del mundo tiene como correlato una nueva concepción de la identidad personal, que queda determinada por ese yo puntual. Si el ideal moral es el control racional de sí mismo, de la propia sensibilidad y del mundo, pues es ese control el que permite alcanzar la verdad que ha de guiar nuestra existencia, el yo, la identidad personal, pasa a ser ante todo la de quien asume el control. El yo es quien controla. Es importante hacer notar que, para Descartes, la hegemonía de la razón es una cuestión de control instrumental —y no de autodominio en sentido platónico o agustiniano—.

El método cartesiano introduce así la noción de autoexploración, es decir, cada cual debe examinar racionalmente sus *pensées*, sus pensamientos en el sentido de contenidos de la autoconciencia, para poder controlarlos cabalmente mediante un razonamiento lógico. No hacerlo supone equivocarse respecto de nosotros mismos y del mundo y, por tanto, dirigir mal la propia existencia. Por medio del examen y del control riguroso, el yo puede conocer su propia naturaleza y la del mundo, que aparecen obviamente como realidades o esencias en sí, independientes de nuestro conocimiento de ellas. El deber del yo es descubrir su propia naturaleza objetiva, ésta aparece como algo independiente de nuestras propias interpretaciones. Se trata sólo de descubrir mediante la neutralidad que proporciona la razón una realidad objetiva: la del propio yo. Así el tiempo termina siendo valiosísimo para unos modernos a los que la vida parece no concederles las horas suficientes para alcanzar el conocimiento preciado. El tiempo es oro, debemos ser responsables y emplearlo en conseguir el verdadero conocimiento de nosotros mismos y del mundo. Nos va en ello la vida. Con lo que parece claro que este ideal moderno recoge todo un anhelo de salvación, que no puede ser autoexplicado científicamente. Sin querer la propuesta dualista y cognitiva moderna se convierte en algo parecido a los mitos con los que trataban de acabar. Tenemos que averiguar nuestra naturaleza y la del mundo porque no la sabemos y es nuestro deber conocerla; el camino que recorre el examen riguroso y el análisis racional de sí será para los modernos aquello que terminará encontrando la única naturaleza universal del ser humano. En este punto es importante también dejar

claro que el camino que cada cual tiene que recorrer no es entendido como un camino que responde a la originalidad personal. La concepción cartesiana de la identidad personal carece por completo del sentido de la particularidad y la individualidad que aparecía en Montaigne. Cuando Descartes intenta introducir desde dentro de la razón un Orden de las pasiones que defina la propia identidad, no está apelando como Montaigne a algo así como una originalidad del yo sino a un orden universal de la naturaleza de las cosas, incluida la naturaleza de las *res cogitantes*. Es este orden universal de la naturaleza lo que nos proporciona, procediendo críticamente mediante un razonamiento impersonal, una ciencia del sujeto en su esencia general. Por esto es fácil reconocer la postura que sostiene el sistema cartesiano como una moral entendida en términos de decálogo ya que, todos tenemos la obligación de recorrer un camino determinado objetivamente y *a priori*.

2. Las ciencias cognitivas como naturalismo cartesiano.

En muy buena medida, las ciencias cognitivas constituyen hoy una de las formas del cartesianismo renovado reiterando los elementos básicos del planteamiento del naturalismo clásico, es decir del intento de establecer objetivamente, como desde fuera, cuál es la auténtica naturaleza del ser humano, con absoluta independencia de cómo los humanos se interpretan a sí mismos. Dentro del mentalismo cartesiano, las ciencias cognitivas establecen, contra el conductismo que intenta reducir los fenómenos mentales a conducta observable y pública, que la mente es un sistema de estados internos que representa el mundo externo. Las ciencias cognitivas creen que el comportamiento no es algo que pueda ser descrito fisiológicamente, porque la cognición es algo que no pertenece al mundo físico y externo en la medida en que es un proceso que tiene vigencia sólo en el tiempo y no en el espacio. La racionalidad mental no es describible físicamente.

Las ciencias cognitivas dicen de sí mismas que se aglutinan en torno al fenómeno de la cognición en humanos, máquinas y animales. Mediante su carácter interdisciplinar que articula la lógica, la inteligencia artificial, la psicología cognitiva, la neurociencia y la lingüística, las ciencias cognitivas tratan de dilucidar qué es la cognición sosteniendo que el conocimiento es un "fenómeno" basado en la capacidad del animal, el hombre y la máquina de procesar información. Asumen que existe un modo de procesar la información que determina el modo en el que animales, hombres y máquinas experimentamos. Su comprensión de esta capacidad de procesamiento equipara cualitativamente hombres, máquinas y animales diferenciándolos sólo cuantitativamente. La idea de un procesamiento de la información en las ciencias cognitivas está basado en el modo en el que el naturalismo clásico definió la diferencia mente-cuerpo, las conexiones fisiológicas entre ambos y el control absoluto de la mente sobre las percepciones. La lógica, la neurociencia y la lingüística se dedican a comprobar cómo los procesos lógicos están conectados con el cuerpo causalmente; la inteligencia artificial pretende ratificar experimentalmente que en máquinas tales procesos tienen como consecuencia una conducta que podemos denominar cognitiva en el sentido antes mencionado y su filosofía de la mente intenta defender que la teoría de la computación es una teoría adecuada para desarrollar una antropología, que se convierte el trasfondo desde el que cada científico cognitivo desarrolla su trabajo determinando el marco de convicciones, que se transforma en un ideal moral, que da sentido a los esfuerzos e investigaciones puntuales que se realizan bajo él.

Las ciencias cognitivas pretenden defender que su interpretación del conocimiento, basado en las concepciones del naturalismo clásico, ha podido demostrarse experimentalmente esgrimiendo ejemplos como el de las máquinas que juegan al ajedrez. Ejemplos como este les bastan para afirmar que con el avance tecnológico y científico será posible determinar exhaustivamente cómo conoce el hombre y qué debe conocer para que el sistema que cada hombre es funcione del mejor modo posible dentro de su entorno. Los científicos cognitivos asumen cartesianamente una contraposición entre la mente y el mundo en términos de sujeto y objeto para unirlos después mediante una representación: la imagen que tenemos del mundo es la que proporciona el sistema periférico (sentidos) que define nuestra propia corporalidad. Las ciencias cognitivas, hoy muy de moda, representan una renovación actualizada del sistema cartesiano. Anthony Kenny en *La metafísica de la mente* muestra su escepticismo ante estas actualizaciones del naturalismo cartesiano diciendo: "Si soy escéptico al tipo de afirmaciones que hacen en nuestros días los científicos cognitivos y los expertos en inteligencia artificial, no es porque crea que exista un argumento a priori que muestre que ningún ordenador podrá nunca ser consciente o tener mente. Ciertamente no es porque crea como Descartes, que exista un reino de la conciencia que está totalmente separado del mundo físico en el que los programas de ordenador se diseñan y su parte física se fabrica. Es precisamente por la razón contraria: porque creo que la herencia de Descartes impide a quienes trabajan en esos campos entiendan realmente el problema que están tratando de resolver, la estructura mental que están tratando de imitar. Por esa razón creo, una vez más, que merece la pena tratar de destruir el mito cartesiano".

3. Trasfondo moral del naturalismo cartesiano: una visión radical de la responsabilidad y la voluntad.

En la modernidad se comienza a pensar lo humano bajo un nuevo ideal moral, basado en la responsabilidad, el control y el dominio de sí, la autonomía y la libertad. Se considera plenamente humano a quien es capaz de dominar sus propios sentimientos y sensibilidades que le permita alcanzar un conocimiento objetivo de la realidad mediante el que regir, autónoma y libremente su propia vida. O, dicho de otro modo, el ideal de autonomía se proyecta sobre la epistemología al sostener que la razón ha de liberarse de toda influencia para atender exclusivamente a sus propias reglas. Pero este ideal se radicaliza tanto en el naturalismo cartesiano como en las ciencias cognitivas al sostener cartesianamente que la tarea de la razón es mantener el control absoluto sobre sí para alcanzar el conocimiento de una naturaleza humana universal que ya está ahí esperando que la descubramos.

Se valora positivamente alcanzar lo que en verdad somos y negativamente perder el tiempo haciendo cualquier otra cosa; tenemos la responsabilidad de alcanzar lo que un modelo de la naturaleza humana, explicada con el modelo científico moderno, ha determinado; dependemos completamente del conocimiento para poder ser humanos. El conocimiento es una condición necesaria y suficiente para alcanzar la salvación. Se construye un mito salvador, cuyo mediador o sacerdote queda definido mediante la figura del científico. La psicología entendida como ciencia se encargará de establecer el ámbito de la afectividad en el que nos debemos situar para poder alcanzar un conocimiento objetivo de nosotros mismos y las ciencias naturales definirán cuál es el único modo

verdadero de entender el mundo. El científico moderno normativiza tan técnicamente el mundo y la identidad personal que la misma autonomía del raciocinio se va perdiendo. La ciencia basada en el ideal racionalista impone una precisa comprensión de sí y del mundo. El ideal de autonomía que la modernidad presentaba se desmorona al imponer una concepción en la que el mundo sólo es accesible mediante unos conocimientos técnicos monopolizados por un reducidísimo grupo de científicos.

No creo que conozcamos ni seamos de un modo tan preciso y cristalino como las corrientes naturalistas tradicionales o renovadas sostienen. Su postura me parece radical, extrema y no adecuada para desarrollar una comprensión de lo humano. Lo que hace radicalizarse a estas expresiones epistemológicas y antropológicas es una particular concepción de la reflexividad, unida a su vez a una concepción particular de responsabilidad y voluntad. Sin duda, nuestro carácter reflexivo nos permite dirigir nuestra propia vida de un modo autónomo si somos suficientemente responsables. Para Taylor, la propia identidad sólo puede fijarse en un espacio moral. Pero ahora cabe entender "moral" o "bien" de dos maneras diferentes. Cabe entender lo moral o lo bueno como algo objetivamente determinado por un conjunto de reglas, con lo que la orientación hacia el bien no definiría una identidad, una posición respecto de él, pues tal orientación acabaría siendo "objetiva", fijada desde una razón desvinculada y neutral, y, por tanto, esencialmente anónima y válida para todos, como si hubiera un camino prefijado que todos debieran recorrer para llegar a ser plenamente humanos, para llegar a ser lo que son, como si hubiera una esencia humana ya ahí que los hombres deben limitarse sólo a asumir. Pero cabe comprender también, y es como Taylor lo hace, esa capacidad de reflexión como una capacidad de autointerpretarse y autodeterminarse, como la capacidad específicamente humana de valorar quiénes somos y adónde nos dirigimos asumiendo la responsabilidad de alcanzar los objetivos que nuestro propio horizonte de sentido nos desvela. Esa capacidad de reflexión es la que nos permite desocultar quiénes deberíamos ser de un modo personal, corporal, situados en un lugar preciso del mundo. Reflexionamos desde el lugar en que nos encontramos y desde unas experiencias precisas que nos definen. Este modo de comprender la reflexividad acepta la finitud que impone el propio cuerpo, y la imposibilidad de ser "lo otro" que no soy. Cabe decir que la descripción que hacemos de la propia vida mediante la reflexividad encauza de alguna manera la propia experiencia si se afirma a la vez que la propia experiencia también encauza de alguna manera la autointerpretación. Decir "somos quienes somos porque nos lo contamos como nos lo contamos" es falso si no decimos también "nos lo contamos como nos lo contamos porque somos quienes somos". La modernidad se radicaliza excesivamente al mantener la existencia de una sola dirección causal en la definición de la agencia humana.

En buena medida, la novedad que el naturalismo cartesiano y las ciencias cognitivas presentan es su creencia en que no hay un marco de creencias que establezcan el sentido o, en que tal marco de creencias también es definible mediante el conocimiento. Pero la hay. Y, por eso, en muy buena medida estos planteamientos presuponen un ideal moral, una auténtica bioética legalista. La de una mente desencarnada que usa un cuerpo como instrumento.